

Libro de la Vida (Selección)

Santa Teresa de Jesús

Edición de Elisa Martín Ortega

ÍNDICE

9 **Introducción**

- 9 Infancia y juventud de Teresa de Ávila
- 12 Las experiencias místicas y el nacimiento de una escritora
- 14 La reforma religiosa de Teresa de Jesús
- 17 El *Libro de la Vida*
- 20 Esta edición

21 **Libro de la Vida**

151 **Después de la lectura**

- 151 No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto

INTRODUCCIÓN

El *Libro de la Vida*, la autobiografía de santa Teresa de Jesús, es la obra culmen de una mujer que fue capaz de aunar una religiosidad íntima y exaltada, llena de libertad e imaginación, con un espíritu práctico que la llevó a ser artífice de una amplia reforma en la manera de concebir la vida conventual. Pero Teresa es también, y ante todo, una escritora. Una de las primeras en la historia literaria española; también una de las más originales e influyentes. Leyendo y estudiando la historia de su vida tendremos la oportunidad de adentrarnos en los entresijos de una personalidad excepcional, una época apasionante y llena de peligros y contradicciones, una mística profunda y poética, y un compromiso y un tesón que todavía nos asombran. Todo ello de la mano de una prosa diáfana y cercana, que nos habla desde la intimidad de lo palpable y nos introduce en los misterios de lo lejano y desconocido.

Infancia y juventud de Teresa de Ávila

Teresa Sánchez de Ahumada nació en Ávila el 28 de marzo de 1515. Pertenece a una familia de judíos conversos, lo que la puso siempre bajo sospecha y generó en ella una aguda conciencia de los peligros que acechaban y de la importancia de mantener su honra y procurarse los apoyos necesarios para llevar a cabo sus múltiples proyectos. Su abuelo, Juan Sánchez, había sido públicamente acusado de

ser un *marrano* —los *marranos* eran judíos que, a pesar de haberse convertido al cristianismo, continuaban practicando su fe a escondidas— lo que había puesto a toda la familia en una situación de enorme vulnerabilidad pública, pendiendo sobre ellos la sombra de la deshonra y la amenaza de la Inquisición.

A pesar de estos conflictos, la familia gozaba de una buena posición económica y Teresa pasó su infancia y primera juventud en una gran casa situada en el centro de la ciudad de Ávila. Su madre murió muy joven, a los treinta y tres años, edad a la que ya había tenido diez hijos. Era una gran aficionada a las novelas de Caballerías, que leía a escondidas de su marido, hecho al que Teresa se refiere explícitamente en el primer capítulo del *Libro de la Vida*. Nuestra escritora quedó huérfana de madre siendo casi una niña, lo que tuvo un fuerte impacto en ella. La joven Teresa, de carácter apasionado y que muy probablemente soñaba con amores similares a los que había leído en las novelas de Caballerías, tomó conciencia del triste destino que la vida deparaba a las mujeres casadas de su época (parir sin descanso, envejecer y morir), y poco a poco fue aceptando la idea de que la única salida que tenía para escapar de él era hacerse religiosa.

Sin embargo, este no fue un camino fácil. Siendo Teresa una adolescente de diecisiete años, cultivó una amorosa amistad con un primo suyo, inocente devaneo que fue inmediatamente cortado por su padre, quien la internó en un convento para que no comprometiera la honra de la familia. Descubrió entonces Teresa que no se podría entregar al amor, y al mismo tiempo comenzó a madurar la posibilidad de ser monja, en especial a partir de las conversaciones que mantuvo con una de las religiosas de ese convento. A pesar de que Teresa escribe muchos años después de haber elegido tomar los hábitos, elección con la que se siente, retrospectivamente, muy satisfecha, no esconde el enorme desgarramiento interno que le produjo en su momento el «forzarse» a hacerse monja. Había decidido que estaba incapacitada para el matrimonio, pero la vía religiosa le provocaba grandes reticencias, tantas que cayó enferma y tuvo que salir de aquel convento.

Regresó a casa de su padre, y después recaló en la de su hermana, que la cuidó durante la convalecencia. Llena de dudas, se deci-

de a llamar a la puerta del monasterio de la Encarnación, en Ávila, el 2 de noviembre de 1535. Lo hace a escondidas, dado que su padre se oponía a tal decisión, al ser Teresa su hija más amada. Sin embargo, ella obra con libertad y toma los hábitos, decisión de la que no se arrepentiría.

Al poco tiempo de estar allí vuelve a sorprenderla la enfermedad, aunque en forma mucho más virulenta. Su padre la lleva de nuevo a casa y, al ver que no mejoraba, emprende con ella un viaje para que la trate una célebre sanadora. Durante una etapa del viaje, en casa de un tío paterno, encuentra el libro *Abecedario espiritual*, de Francisco de Osuna, que sería fundamental para su formación y su vocación mística. En él se aboga por un camino de introspección que conduzca a la amistad y comunicación con Dios, en una suerte de diálogo. El amor sustituye al temor como motor de la inspiración religiosa. El premio de una existencia dedicada a Dios ya no es solo la vida eterna, sino la posibilidad de experimentar una vida paradisíaca en la tierra, a través de una profunda mudanza interior. Teresa, con su afectividad y su inteligencia, se muestra cautivada por las ideas de Francisco de Osuna, y comienza un lento camino espiritual que la llevará también, años más tarde, al ejercicio de la escritura.

La enfermedad que había sacado a Teresa de la Encarnación se agravó hasta tal punto que, tras múltiples ataques y desmayos, estuvo aparentemente muerta durante cuatro días; solo la negativa de su padre a enterrarla permitió que salvara su vida. La joven monja tardó más de tres años en recuperarse de aquella crisis, la más grave, aunque estaría gran parte de su vida enferma, con dolores de cabeza, fiebres, vómitos constantes, temblores, etc. Mucho se ha escrito sobre las enfermedades de santa Teresa: se las ha identificado con crisis histéricas o ataques de epilepsia. Parecen, en cualquier caso, una conjunción de males físicos y psicosomáticos, fruto, al menos en parte, de sus desgarradores conflictos internos. Pero conviene también resaltar que esta frágil salud no mermó ni un ápice su fortaleza interior y su capacidad para llevar a cabo proyectos de una audacia casi inaudita para una mujer de su época.

Tras este período, y aún tullida, regresa a la Encarnación. Empieza entonces a practicar la oración mental que había aprendido leyendo las obras de Francisco de Osuna. Va avanzando en este cami-